

Crudísima confesión

Aunque no apto para cualquier lector, *Diablo guardián*, Premio Alfaguara 2003, no es un libro pornográfico. Y para bien de ella, y alivio del lector, Violetta, su osado personaje, no es víctima de sus novelescas circunstancias. POR JUAN MANUEL VIAL

D *Diablo guardián*, la novela que le valió el premio Alfaguara 2003 al mexicano Xavier Velasco, es un libro perturbador. Si un ejemplar cayera en las manos equivocadas, sería certero presumir una histérica reacción de rechazo ante lo leído. Por otro lado, y como es del todo probable, si *Diablo guardián* llegara a caer en manos más osadas, no es riesgoso aventurar que se convertirá, más pronto que tarde, en una genuina novela de culto, en especial entre aquellos que alguna vez tuvieron vocación de oveja negra, aunque luego la hayan desechado por intereses más respetables o, derechamente, más rentables. En todo caso, el matiz poco importa, pues para Violetta, la putilla que protagoniza esta confesión convulsiva, deslenguada y monumental, la brecha entre rentabilidad y respetabilidad simplemente no existe. Si con este dato, y muy contra mi voluntad, ya he dado aviso al apetito insano de los lectores pervertidos, es justo advertirles; de buena fe, lo siguiente: *Diablo guardián*, si bien habla de sexo en casi todas las páginas, no es un libro pornográfico. Y a Dios gracias, pues hay una elogiada elegancia, bastante verosímil por lo demás, en nuestra heroína Violetta cuando se desata a relatar los innumerables polvos que coronan su existencia de golfa irredimible. Para bien de ella, y alivio del lector, Violetta no es una víctima de sus doblemente novelescas circunstancias: "Uno no aprende a ser puta en los bares, ni en las fiestas, ni en la calle. La putería se aprende en soledad. Yo, por ejemplo, empateé de noche, con el walkman puesto y una sábana encima. ¿Entiendes lo que dije? Dormía desnuda". O de manera más descarnada: "Porque una cosa sí: yo quería ser lo peor, pero por gusto. Eso de hacerme puta por necesidad me parecía no sé, inaceptable".

Más que asqueada con su entorno familiar, la precoz Violetta, con tan sólo 15 añitos, robó 114.690 dólares a sus padres, botín que los miserables habían conseguido a costa de desfalcarse sucesivamente a la Cruz Roja, y se largó a Nueva York, a vivir la gran vida, porque si había algo que Violetta no soportaba era el olor de la miseria. Como hija de un avaricioso par de arribistas de clase media, que, entre otros vejámenes insostenibles, la obligaban a teñirse el pelo rubio, Violetta anhelaba más que nadie la libertad, y con tal cantidad de dinero, pensó, no sería tan difícil adquirirla. Gastadora compulsiva y gozadora solitaria, no es de extrañar que al poco tiempo dilapidara la fortuna, aunque dicho sea en su defensa, el derroche fue ultimado con admirable estilo.

Luego vendrán los tiempos pesados, precedidos por el olor de la miseria, alentados por la certeza de Violetta de contar con

un buen par de tetas, y prolongados en la absoluta convicción de no regresar, "ni por madres", a México: Violetta se hace puta, levanta clientes ("mariditos") en los mejores hoteles de Nueva York, y vuelve, a su vez, a ser cliente de la carísima Saks Fifth Avenue. También se convierte en cocainómana, por lo que no es raro que acabe en manos de Nefastófeles, el único y verdadero demonio en esta novela desbordada pero genial, que, en definitiva, trata de un par de ángeles caídos, a quienes, luego del sorprendente final, sólo queda admirar, puesto que son seres adorablemente perversos.

El atajo necesario a la incontinente verborrea confesional de Violetta la pone el narrador, que no es otro que Pig, o, en palabras de Violetta, "mi Diablo Guardián": un treintaero huérfano, dueño de un talento literario desechado hasta el momento mismo de escribir la novela -transcribiendo, a su antojo, el cassette que Violetta le envía con los pormenores de sus hazañas-, pues se ha vendido al sistema, más por desidia que por otra cosa, desempeñándose como creativo de una agencia de publicidad en Ciudad de México, lugar donde conocerá -y se enamorará- de Violetta, quien pese a haber abandonado Nueva York, aún no olvida las costumbres que tan bien desempeñó en la primera mitad de la novela. El recurso de dosificar el vendaval de confesiones de Violetta por medio de intercalar capítulos en los que el narrador habla de sí mismo en tercera persona es atinadísimo y, como ya se ha dicho, un alivio ante los ímpetus de Violetta.

Diablo guardián está escrita en un lenguaje neurotizado por el calibre de las confesiones, lo que es un acierto, pese a que la cantidad de mexicanismos pueda ser abrumadora. En todo caso, Violetta sí que es un gran personaje: a ratos, y en especial cuando se va a Las Vegas de vacaciones, evoca al más disoluto Hunter Thompson (*Fear and Loathing in Las Vegas*), lo que ya es bastante decir. Pero al mismo tiempo, Violetta puede llegar a tener la dulce disposición de Holly Golightly, la inolvidable buscona creada por Capote en su mejor novela, *Desayuno en Tiffany's*.



Diablo guardián,
Xavier Velasco.
Ed. Alfaguara, Buenos Aires,
2003. 587 pp.

Crudísima confesión [artículo]

Libros y documentos

AUTORÍA

Vial Sanfuentes, Juan Manuel

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Crudisíma confesión [artículo]. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile